

Lo mismo por las alturas
Que por las calles mas hondas.
Indefinible sonido
Que bajo una esencia sola
De la palabra y la música
Guarda las delicias todas.
Yo soy, GENARO, dijeron
Sus silabas misteriosas :
Mas la celeste armonia
Que en el aire las prolonga
Toda una historia pasada,
Toda una futura historia
De gustos y de pesares,
De desconsuelos y glorias,
Encierra en las inflexiones
Con que la voz vagorosa
Los espacios estremecen
Con sus cláusulas armónicas.

—
Todo cuanto es, cuanto ha sido,
Cuanto ambiciona y espera
Como en ancho panorama
Concibe Genaro en ellas.
Campo vastísimo le abren
Allá en su mente revuelta
Donde lo pasado bulle,
Y sus recuerdos fermentan.
Llanura deliciosísima,
Optica espaciosa inmensa
Que alcanza su vista absorta
Desde atalaya dispuesta.
Mágico cuadro fantástico
De fertilísimas vegas,
De jardines encantados
Y montañas pintorescas.
Magnífico Eden compuesto
Con los mares y alamedas,
Los templos y los palacios
De Sevilla y de Florencia.
Del turbio Guadalquivir
Con las frondosas riberas,
Los pescadores de Nápoles,
Las lagunas de Venecia.

Esto, todo esto ve y oye
En la armonia secreta
De aquella voz celestial
Que le espanta y le embelesa.
Lo oye y lo ve iluminado
Con las fulgentes estrellas
Y el resplandeciente sol
De la esperanza risueña :
Colmado y embellecido
Con la imagen hechicera
De su hermosa Valentina
Que en todas partes encuentra.
A Valentina en el llano,
A Valentina en la selva,

A Valentina en la luz,
A Valentina en la niebla.
Su imagen todas las aguas
En su cristal reverberan :
En su murmullo su nombre
Susurran las arboledas :
Y en el delirio encantado
Que su espíritu enajena
Solo oye y ve á Valentina
En todo cuanto le cerca.
Valentina dice el aura
Que en el espacio se aleja,
Valentina dice el eco
Que en el monte la remeda,
Valentina en sus oidos
Eternamente resuena,
Y el nombre de Valentina
Que en su redor gira y rueda
En círculo eterno y mágico,
En oscilacion eterna,
Dentro de su mente nace
Y va á espirar dentro de ella.

Tal es aquella voz mística
Que del umbral de su puerta
A su enojada pregunta
Yo soy, GENARO, contesta.
Todo esto es aquella voz
Que inmóvil tras de la reja
Embebecido le tiene
Asido á entrambas vidrieras,
Sin intencion que le acuda,
Sin voluntad que le mueva,
Dudando si goza ó sufre,
Si está despierto ó si sueña.
De tan dulce desvario,
De fantasia tan bella
Tras largo espacio, otro ruido
Volvió á sentir en su puerta.
Mas no retumbante golpe
De otra aldabonada recia :
No de quien entrar pretende
Clara y perentoria seña ;
Sino crujido de gonces
Sobre que las hojas ruedan,
Rumor de quien fácilmente
Abre voluntario y entra.
Con grande asombro y pavura
De la ventana por fuera
Sacó Genaro á este ruido
La desgredada cabeza,
Tendió á la calle los ojos
Por medio de las tinieblas,
Mas retiróse al instante
Apalancando las rejas.
Volvió á ocultarse en su lecho,
Y aunque enmudece su lengua,
Y aunque el aliento recoge,
Bien se conoce que tiembla,

Y bien se ve que sus ojos
No engaña ilusion incierta,
Porque un ánima medrosa
Y una vigilancia atenta
Ruido de pasos cercanos
Fácilmente apercibieran,
Y aun sospecharan que alguno
Subia por la escalera.
Mas no producen sentándose
Aquellos pasos en ella
Rumor que la ira en el hombre
Escita con la sorpresa.
No es el recatado paso
De quien, caminando á tientas,
Con taimadas intenciones
Furtivamente penetra :
No es de cobarde enemigo
La desconcertada huella
Que al mismo tiempo que avanza
Preparada á huir se acerca :
No son los piés de un ladron
Que aunque adelantan recelan,
Sino la planta segura
De quien francamente llega.
Un paso medido y grave
De planta firme y serena,
Pero no lenta y pesada,
Sino fácil, leve, aérea.

Al percibirla Genaro
Vecina á su estancia mesma,
Hundió, sudando de espanto,
En las ropas la cabeza.
¡ Genaro ! dijo la voz,
Y con su armonia angélica
Llenó el aposento opaco
Vibrando en él duradera.
Mas no respondió el mancebo,
Porque su garganta seca
Con el pavor de su alma
A la palabra se niega.
¡ Genaro ! tornó á decirle
Otra vez, y tan de cerca,
Que ya en el cuarto inmediato
Juzga afanoso que suena.
¡ Genaro ! repitió al fin
Aquella voz lastimera,
Exhalando una armonia
Tan melancólica y tierna
Que á las entrañas llegaba :
« ¡ Genaro mio ! ¿ en qué piensas ?
« ¿ Tanta mudanza en un dia ?
« Hoy has dicho á mi cabeza :
« Si fueras recuerdo suyo
« ¡ Con qué afan te recogiera !
« Y llevándote conmigo
« Noche y dia por dó quiera
« De mi amor fueras testigo,
« Solitaria calavera :

« Tú fueras mi único amigo,
« Tú mi única compañera.
« Esto me has dicho, Genaro,
« En una ermita desierta ;
« Y cuando tu anhelo cumplo,
« ¿ Te asombras y no me esperas ?
« ¿ Te llamo, y no me respondes ?
« ¿ Subo á encontrarte, y te encierras ? »

—
Alzó la frente Genaro
Tales palabras oyendo,
Mas á nadie en torno viendo
Volvióla en la ropa á hundir,
Y á poco muy suavemente
Sintió (y con la sangre yerta
La mal encajada puerta
De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
Resbalar leve ropage
Y apartar el cortinaje
De su lecho percibió.
Y al misterioso contacto
De aquel fantasma invisible,
Cambio asaz inconcebible
En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos
Con exquisita pureza
Y comprendió su cabeza
Con cabal exactitud ;
Y exento de la locura
Que su cerebro asaltaba,
Por vez primera gozaba
Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento
Sus potencias embargando,
Fué poco á poco ocupando
Su trémulo corazon,
Hasta que el santo deliquio
Cambiando su esencia impura,
Niveló á la criatura
Con la celestial vision.

Entonces de entré las ropas
Donde ocultarse creia,
Su sentido percibia,
Aunque imperfecto y mortal,
La suavísima fragancia,
El delicioso perfume
Que del Señor se consume
En la mansion inmortal.
De sus rebujadas sábanas
Por entre los claros hilos,
Vian sus ojos tranquilos
El mágico resplandor

De la mística aureola
Que la cabeza circunda,
Y el alma de luz inunda
De los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
De aquella ilusión divina,
De su hermosa Valentina
Ante el espíritu fué;
Y elevado hasta el deleite
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Aunque su esencia no ve.

Vago resplandor fosfórico
Que el aposento ilumina,
Del alma de Valentina
Muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,
Sin foco de donde radie,
No producido por nadie,
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y transparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningún término espira
Ni de ningún punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura
De positiva ilusión
Encuentra Genaro, y goza
Dulcemente aquella esencia,
Que presta nueva existencia,
Nuevo sér al corazón.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne,
Inexplicable, perenne,
Prueba celestial placer;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina,
En cuya esencia divina
Nada hay ya de la muger.

Huyeron de sus afectos
Los deseos mundanales,
Los deleites terrenales,
La humanal inclinación.
Del amor casto y angélico
La llama que aun alimenta,
De impuro vapor esenta,
No es llama de vil pasión.

Es de su esencia la parte
Mas bella y mas necesaria,
Como su fé solitaria,
Eterna como su fé;
Es un amor indeleble
Que Dios conservarla quiso
Cuando su alma al paraíso
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad
Embebecido Genaro,
En fruición misteriosa
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

¡ Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido,
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios!
¡ Mística unión de dos almas
En que, sin violencia alguna
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos!

Y así las de Valentina
Y Genaro se comprenden,
Y solo á sí mismas tienden
De sí mismas á gozar:
Y así, sin auxilio torpe
De palabras ni sonidos
Que toquen á los sentidos,
Comunicánse á la par.

¡ Ay! ¿y quién pudiera ahora
Prestar á mi lengua humana
La esplicación soberana
De esta palabra sin voz?
¿Quién diera á mi voz terrena
Y á mi miserable pluma
La santa elocuencia suma
De esta palabra veloz?

¡ Ah! yo revelara entonces
En solo un breve momento
Su divino pensamiento,
Su concepto celestial;
Y no como ahora tendria
Que emplear largo período
Para darla de algún modo
Una esplicación mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
La comprensión tan mezquina,
Lo que en esa voz divina
Oyó Genaro diré;

No con los torpes sentidos
De su inútil cuerpo impuro,
Por el conducto seguro
De su enaltecida fé.

« Vive, y espera: (esto dijo),
« Tras esta vida azarosa
« Otra vida hay mas dichosa
« Y otro mundo en que vivir.
« El reposo de un sepulcro
« No es el fin que nos espera,
« Esa es la puerta postrera
« Para entrar al porvenir.

« Tu adorada Valentina,
« Pasado su umbral, alcanza
« Sempiterna bienandanza,
« Vida eterna de placer.
« Dios por ella te perdona
« De su justicia la duda,
« Porque tu crimen escuda
« La miseria de tu sér.

« Vive, Genaro, y espera,
« Y por prenda de esperanza
« De esa bienaventuranza,
« De esa cierta eternidad,
« De hoy mas, pues tú la deseas,
« La cabeza peregrina
« De tu amante Valentina
« Consuele tu soledad.

« Mientras contigo la tengas,
« Ese místico amuleto
« De tu fé será en secreto
« El irresistible imán:
« La enseña de tu fortuna,
« El iris de tu esperanza,
« De tu cierta venturanza
« El seguro talisman. »

—
Todo esto fué la palabra
De aquella celeste voz
Que en un instante Genaro
En su éstasis comprendió.
Todo esto, que torpemente
Y en pesada confusión
Con tan profanos períodos
Pobremente he dicho yo,
Claro, luminoso, armónico,
Sabroso y consolador,
Sin pasar por los sentidos
Penetró en su corazón.
Omnipotente palabra
Del lenguaje creador
Que rejuvenece el mundo
En los labios de su Dios.

De su engendradora boca
Celestial emanación,
De su lenguaje viviente
Hálito generador,
Todo esto dijo la sabia
Palabra de bendición
Que de la alma Valentina
El espíritu exhaló.
Todo esto escuchó Genaro
En el término veloz
Del misterio impenetrable
De aquella revelación;
Y todo esto de tal modo
Su espíritu estremeció,
Desbordó su inteligencia,
Y esprimió su comprensión,
Que sacudido hondamente
Su cuerpo no resistió
De este esfuerzo sobrehumano
La violenta crispación.
La fuerza con que su sangre
Al pecho se le agolpó,
De fiebre devoradora
Con el insufrible ardor
Le ahogó en la garganta estrecha
La ardiente respiración,
La luz del celeste encanto
De los ojos le robó,
De los fallecidos miembros
El estinguído vigor,
Y todas sus facultades
De tal modo anonadó,
Que faltó quedó en su lecho
De aliento y de sensación.
Aun pudo muy débilmente
Percibir el resplandor
Que iluminaba el espacio
Al huir la aparición.
Aun en su mente asombrada
Un momento se pintó
De su bella Valentina
La purísima ilusión,
Y aun sien calenturienta
Lijeramente oreó
Al elevarse en los aires
Con sus alas de crespon.
Mas todas estas visiones
Sin voluntad ni color,
Cruzaron su fantasía
En apiñado monton,
Como vagabundas sombras
De ensueño fascinador
Que se perciben apenas
Desvaneciéndose en pos.
Hasta que al cabo volviendo
A su reposo anterior,
Cayó en sueño tranquilo
Poco á poco; y se volvió

A oír en el aposento
Del olvidado escultor
El monótono murmullo
De su igual respiración.

VII.

Rayaba apenas en el cielo el día,
Y entre nubes de azul púrpura y grana
La cenicienta claridad tendía
De la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
Entreabrian sus cálices las flores,
Manso alzaban las ráfagas murmullo
En la hojarasca espesa,
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo
Despertaban los tardos ruiséñores.
Todo era calma, y resplandor, y vida,
Por la fértil llanura,
Y la tierra en las sombras adormida
Tornaba á despertar juvenecida,
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del oscuro aposento de Genaro
Por la rota ventana,
La claridad temprana
Penetrando pacífica y tranquila
Hirió, cobrando resplandor mas claro
Del desvelado mozo la pupila.
¡Oh! y fatigado de nocturna vela
Y por ensueño místico agitado,
La recoge el mancebo alborozado,
Con ojo avaro y delicioso empeño,
Porque la vista de la luz consuela
Las oscuras memorias de su sueño.
Tendió á la reja el brazo,
Y abriendo las maderas
Del cielo de Sevilla vió un pedazo
Al mirar á través de las vidrieras.
Brotó en sus labios celestial sonrisa
Y la luz del placer brilló en sus ojos,
Y ante el único Dios sumo é inmenso
De quien la gloria y magestad divisa,
Tras el azul estenso
Postróse humilde y le adoró de hinojos.
Llegó á él embriagando sus sentidos
El blando soplo de la fresca brisa,
Y en ella los perfumes recogidos
Al tocar, entre ramas olorosas,
Blancas acacias y encendidas rosas
En los vergeles por abril floridos.
Llegó á él el murmullo deleitoso
De los copados árboles vecinos
Donde el gorrion inquieto y receloso
Pios lanzaba pretendiendo trinos.
Llegó hasta él el són de la campana
Que el alba anuncia, y á asistir convoca
A la misa temprana,

Y las pisadas rápidas ó graves
De vecinos asaz madrugadores
Que abriendo puertas y volviendo llaves,
Ya siervos, ya señores,
Iban á sus recreos ó quehaceres,
Cumpliendo su destino ó sus placeres.
« Hermoso día, » murmuró Genaro,
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,
Todo en su mente despertóse claro
El nocturno pavor, la bella historia
De la vision aérea y soberana
Que abrió en su corazón y en su memoria
Un santuario el amor, y otro á la gloria.
Sintió dentro de sí de fé sincera
Y de noble ambición brotar ardiente
Un manantial inmenso;
Y cual se lanza el águila altanera
Que los aires cruzando indiferente
Busca ambiente mejor, mejor esfera,
En que su osado corazón aliente,
Así Genaro remontóse en alas
De inspiración valiente
Y por primera vez juzgó su pecho
A su gran corazón ámbito estrecho.
Del sacro fuego á la insufrible llama
Dentro del se encendió la sed de fama:
Se alzaron en un punto en su memoria,
Fidias y Praxiteles,
Coronados de gloria
Y en tronos de laureles,
Y al impulso violento
De claro é inspirado pensamiento
Empuñaron sus manos los cincelos.
« ¡Sea! exclamó, de mi cincel fecundo
Los vigorosos trazos
Quiero que adore el asombrado mundo:
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,
Quiero que, aborto de mis diestros brazos,
La bella efigie de mi amor adore. »
Y con osada mano
Hiriendo el mármol mudo,
Iba tornando en rostro soberano
La tosca forma del peñasco rudo
Iban bajo el cincel apareciendo
Los contornos suaves
De la cabeza hermosa
De una virgen modesta y candor sa:
En cuya casta frente,
En cuyos labios que orla dulcemente
Sonrisa cariñosa,
En cuyos ojos que á la tierra inclina
Con modesta mirada,
Revelándose va la faz divina
No como el débil escultor quisiera
De su hermosa y perdida Valentina,
Sino la faz modesta y venerada
De la madre de Dios inmaculada.
Y según el contorno apareciendo

Iba del rostro santo,
Del profano escultor iba creciendo
El misterioso espanto.
La osada inspiración su mano guía,
Mas el hierro á la mano no obedece,
Y rebelde el cincel á su porfía
No traza los contornos que apetece,
Y la sagrada imagen de María
De su hermosa en lugar solo aparece.
Pura, casta, esplendente, y perfectísima,
La célica escultura
Pieza salió maestra y hermosísima
Desmintiendo de humana criatura
Ser obra, ó concepción; soplo divino
Animaba su mármol insensible;
Y el rostro peregrino
Radiaba aun mas allá de lo creíble
La virtud y pureza
Del sér hermoso de quien es trasunto
La marmórea cabeza,
Sin concepción creada en solo un punto.
Contemplábala tremulo el artista,
Sin concebir apenas
El prodigio que alcanza con su vista,
Y sentía la sangre por sus venas
Abrasada correr, y allá en su mente,
Sentía al par bullir confusamente
Con íntima amargura
El fantasma fatal de su locura.
« Loco estoy, exclamó con voz rabiosa.
Sí, loco, ¡vive Dios! pues ya no veo
Lo que hay delante de mi vista ansiosa
Ni mi mano incapaz es poderosa
De trazar mi recóndito deseo. »
Y con el mudo mármol encarándose,
El cabello y la faz, dijo, mesándose:
« ¿Porqué, piedra traidora,
Lo que sin entusiasmo hice mil veces
Con mas profunda inspiración ahora
Te marca mi cincel, no lo obedeces?
¿Qué me importa esa obra peregrina
Que acaso me grangeara una corona
Si no es lo que yo quiero una Madona
Sino un retrato mas de Valentina? »
Y á impulso del coraje que le inflama
El profano deseo no alcanzado
Dos encendidas lágrimas derrama
Que en el rojo carrillo
Le dibujan un sulco amoratado.
En esta situación, y en tal momento
Le sacó de su amargo arrobamiento
El paso acelerado
De un hombre que subía
Por la escalera que á su estancia guía,
Y un acento para él bien conocido
Que gritaba su nombre y su apellido.
Lanzóse hácia la puerta,
Mas antes que llegara, el picaporte

Arrancado de un golpe, vióla abierta,
Y con galan y cortésano porte,
Traje vistiendo decoroso y rico,
Presentóse á sus ojos Federico.

Genaro. ¡Federico!
Federico. ¡Genaro!
Los Dos. Mas ¿qué es esto?
Genaro. ¡Tantas galas en ti!
Federico. ¡Tú en tal pobreza!
Genaro. ¿Es ya muerta tu madre?
Federico. Por supuesto,
Mas viene de otra parte mi grandeza.
Pero á fé que me espanta y maravilla...
Genaro, ¿esto es estudio ó es boardilla?
¿De qué te sirven viages y escultura?
¿No se aprecian tus obras en Sevilla?
¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza
¿Es especulación ó es desventura?
¿Qué te falta, Genaro?
Genaro. ¡Ay! la cabeza.
Federico. ¿Otra vez?
Genaro. Otra vez mi ruín locura
Me acosa mas temible y mas funesta,
Federico, y morir solo me resta.

Federico. ¿Morir? ¡voto vá Dios! ¿y esa
María
Que veo al concluir, del genio aborto,
Que la pasada edad envidiaría
Y que Canova contemplara absorto?
Genaro, esa Madona es un prodigio;
Quien puede con sus manos
Crear esos prodigios sobrehumanos
Puede servirse de cincelos de oro,
Y en la historia dejar grande vestigio
Y abrir bajo sus plantas un tesoro.
Genaro. Pura casualidad; ¡ay Federico!
Eso, de que tú encumbras la esclencia,
Una prueba es no mas de mi impotencia.
Un busto de mi amor hacer quería,
Y cuanto mas en ello me empeñaba,
Mas la madre de Dios aparecía
Y mas de Valentina se alejaba:
A la mano el cincel no obedecía,
Y lo que quiso ser, fué.
Federico. ¡Cosa brava!
Mas dime, aquella caja tan preciosa,
¿Qué contiene?
Genaro. ¿Qué caja?
Federico. Esa que tienes
Al lado de tu cama.
Genaro. No la he visto.
Federico. Tu locura á fé mia es muy donosa,
¡Con burlas te me vienes!
¿La tienes en tu propia cabecera
Y no sabes siquiera
Lo que guardas en ella, vive Cristo?

Genaro. No la vieron mis ojos hasta ahora,
Te lo juro en verdad.

Federico (tomándola). ¡Y cómo pesa!
Genaro. ¡Cielos y qué primor! ¡qué encantadora

Labor! ponla por Dios sobre la mesa.

Federico. Abre bien la ventana.

Genaro. ¡Jesus! ¡qué obra tan bella y tan prolija!

Federico. ¡Ah, farsante Genaro,
Cual se confiesa de tus manos hija
En el trabajo minucioso y raro!

Genaro. Te juro, Federico...

Federico. ¡Bah! no mientas,
¡Ola! y está á manera de santuario
Cerrada por doradas puertecillas.

Genaro. ¡Qué mezcla de materias opulentas!

El ébano, el máfil, la concha, el oro...

Federico. Genaro, esta cajita es un tesoro,

Ahora ya concibo tu pobreza:

Dentro de esta cajita has apilado

Cuanto oro con tus obras has ganado:

Abrela pues, veamos tu grandeza.

Y con dulce sonrisa esto diciendo

Federico á la caja abrió el candado

Y el ojo ansioso á su interior tendiendo

Quedaron sin aliento una gran pieza;

Y al dar Genaro en tierra desplomado,

Escramó Federico: « ¡Es su cabeza! »

Pálido, roto el aliento
En la mal cerrada boca,
Inmóvil como una roca
El pobre escultor quedó:
Y en la cabeza fijando
La sorprendida mirada,
En sonora carcajada
Federico prorumpió.

« ¡Válgate Dios por amante,
Siguió diciendo á Genaro,
Que ha de ser pobre es bien claro
Que su hacienda emplea así.
¡De plata has hecho su busto!
¡Ya se ve! para fundirla
Tuviste que reunir
Viviendo en Sevilla así.

« ¡Voto á san Judas, Genaro,
Que es una insigne locura
Gastar en una escultura
Un hombre todo su haber!
Si el afán de esa memoria
Aun te atormentaba el pecho,
De mármol hubieras hecho
El busto de esa muger.

« ¿Qué mas vale esa memoria
Hecha en plata que en madera?

¿Su imagen misma no fuera
Leño, mármol ó metal? »

Así Federico hablaba,
Mas Genaro no le oía,
Que el alma absorta tenia
En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,
Era su imagen divina,
De la hermosa Valentina
Completo el trasunto fiel.
Era su busto hechicero
Labrado en maciza plata,
Cuyo primor le arrebató
Obra de inmortal cincel.

Jamás del hombre impotente
Acertó á crear la mano
Portento tan soberano
De retrato mas cabal.
Nunca el pensamiento pobre
De sér de muger nacido
Concebir ha conseguido
Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones
En la argentina cabeza;
En semejanza, en belleza,
No es la copia, es la verdad.
No tiene el contorno duro
Que tienen las esculturas
Obra de las criaturas,
Su fria inmovilidad.

No; sus contornos despiden
Leve vapor, los circunda
Vaga luz, que les inunda
En gracia, en vida, en calor.
Se percibe al acercarse
El grato olor del cabello
Cuyos rizos de su cuello
Ondeán en derredor.

Se ve que sus bellos ojos,
Aunque hechos de plata dura
Como toda la escultura,
Reciben la claridad.
Y parece que en su centro
Reside aun, goza existencia
La mortal inteligencia
De su muerta humanidad.

Parece que aun sus oídos
Están á la voz abiertos
Y los vocablos inciertos
Van de su labio á salir:
Y el cuerpo, detrás del busto
Tal vez Genaro imagina

Que va á sacar Valentina
Para volver á vivir.

A este dulce pensamiento
Su corazon inflamado
Todo su cuerpo agitado
De convulsivo temblor,
De su Valentina hermosa
Fijo en la imagen estaba,
Y la insensata esperaba
Realizacion de su amor.

Con desiguales intervalos
Lanzaba el fogoso aliento,
Y el pecho calenturiento
Se le hinchaba al respirar:
Y se le alzaba y sumia
De su amor con la tormenta:
Cual su balumbo acrecienta
Bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
Y absorto de cuanto via
Su éstasis no comprendia
Ni su estraña agitacion:
Mas al ver su arrobamiento
Ante la bella escultura,
La fé de pasion tan pura
Respetó su corazon.

Interrumpir el silencio
No osó el mozo atolondrado,
Y permaneció apoyado
En el brazal del sillón:
Y los ojos de Genaro
Siguiendo su propia vista,
Respetaba del artista
La sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance
De alguna ilusion divina
Tras la faz de Valentina
Ante su espíritu esté:
Y elevado hasta la dicha
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Y su misma esencia ve.

Y hasta el mismo Federico
Profano á tan gran misterio
Se ve sujeto al imperio
Del deliquio celestial:
Y en el busto que contempla
Con dulce é intimo goze
A su pesar reconoce
Poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
El santuario ilumina
Dó el busto de Valentina

Está, y su sér se vé allí
Como luz tenue y purísima
Sin foco de donde radie,
No producida por nadie,
Comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningun término espira
Ni de ningun punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura,
De positiva ilusion
Encuentra Genaro y goza
Dulcemente aquella esencia
Que da una nueva existencia,
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne
Inesplicable, perenne,
Goza celestial placer;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina
En cuya esencia divina
Ve al amor, no á la muger.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
Y en fruicion misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios;
Mística union de dos almas
En que sin violencia alguna
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito
Misterio del alma calla
Y con su razon batalla
Federico, sin caer
En lo que tanto Genaro
Goza embebecido ahora:
Ni en lo que en el busto adora
Si al arte, ó á la muger.

Tal vez sospecha que vuelve
A su pasada locura
Contemplando la hermosura
De aquel busto de metal,
Y sospecha que esta caja
Donde encierra cuanto adora
Es su caja de Pandora,
Donde él custodia su mal.

Por fin tras largo silencio
Aquel triste objeto caro
Iba á apartar de Genaro
Movido de compasion,
Cuando él del sillón de cuero
Alzándose de repente
Esclamó con voz potente
Y acento de inspiracion :

« ¡Ea! ya luce mi estrella
De bienandanza y de gloria;
Huminado por ella
Seguro de hoy mas iré :
No habrá mar que se me oponga,
No habrá sima que me espante,
Marcharé siempre adelante
Con las alas de mi fé.

« Sí, dichosa Valentina,
Ya no hay desdichas que tema :
En esta noche suprema
Sopló tu espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
Con que una ofrenda me hiciste,
Y á fé que me la trajiste
Preciosa y digna de tí.

« Federico, en este punto
Mi nueva existencia empieza ;
Gloria, tesoros, grandeza,
Cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
Que crees obra de mi mano
De mi sér guarda el arcano,
De los cielos obra fué.

« Y mientras guarde conmigo
Este místico amuleto,
De mi fé será en secreto
El indestructible imán :
La enseña de mi fortuna,
El iris de mi esperanza,
De mi cierta venturanza
El seguro talisman. »

Nada entendió Federico
De esta arenga inesperada,
Sin duda no entendió nada,
Pero con asombro vió
Que en vez de volver Genaro
A su acceso de locura,

Con mano firme y segura
Su mazo y cincel asíó.

De su empezada Madona
Púsose al punto delante
Y vió de uno en otro instante
La creacion aparecer,
Bajo la brillante forma
De una María sublime,
Que á su casto pecho oprime
El Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes
Los contornos peregrinos
Y los misterios divinos
Del arte en su escelsitud ;
Y en el mármol insensible
Parecieron las señales
De los gozes inmortales
De santa beatitud.

Y el recato y la pureza
Y la inocencia y la calma
Que albergó dentro del alma
La que jamás delinquiró
Poco á poco fué mostrando
En su rostro y su postura,
La bellísima escultura,
Que el genio audaz concibió.

Y en verdad, lector benévolo,
Que fuera terquedad fatua
La de pintarte una estatua
Que no hemos visto jamás :
Figúrate tú un prodigio
Del genio humano y del arte,
Y escuso de ponderarte
Lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
Del escultor de Sevilla
Fué su obra una maravilla,
Fué su primer escalon
Para subir á la cumbre
Del alcázar de su gloria;
Pero, lector, no es mi historia
De escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe
Del arte las excelencias :
Tócanme las consecuencias
De esta escultura esponer,
Las relaciones que tuvo
Con la historia de Genaro ;
Y esta verás, lector caro,
En lo que vas á leer.

Eran diez meses despues,
Y las diez de una mañana
Del revuelto mes de marzo :
En una anchurosa estancia
Que seis opuestos balcones
En luz todo el día bañan,
Y que adornan por dó quiera
Preciosos lienzos y estatuas ;
Y en cuyo centro, de mármol
Un velador se levanta,
Sobre el cual, y bajo un velo,
Hay colocada una caja
Que en la materia y la forma
De que es hecha y trabajada
Parece que encerrar debe
Alguna preciosa alhaja ;
Sentados están dos mozos
Que con aquestas palabras
En este momento siguen
Conversacion empezada.

El Uno. Pues, señor, todo eso es cierto,
Y es cosa en verdad que pasma.

El Otro. Pues la cosa es muy sencilla.

El Primero. No la veo yo tan clara.

El Segundo. ¿No ves el dedo de Dios?

El Primero. Déjate de bromas.

El Segundo. Calla

Si tu corazón rebelde
Se niega á creer, y guarda
Tu incredulidad impia
En el fondo de tu alma.

El Primero. Vaya, perdona, si á ofensa
Mis palabras dieron causa.

El Segundo. No toques nunca ese punto,
Y la llevas perdonada.

El Primero. Cambiemos pues de argu-
mento.

¿Sabes que hoy día no se habla
Mas que del lujo estremado
Con que vives y que gastas?

El Segundo. Donde hay del cielo una
prenda

Tan rica y tan soberana
Como la que esa cajita
Dentro de su seno guarda,
Preciso es que todo muestre
Que el don divino se acata :
Y aunque mas merece, al menos
El decoro no le falta.

El Primero. Sí, pero el vulgo murmura,
Que tus razones no alcanza.

El Segundo. Tranquila está mi conciencia :
El oro que me costaron
Los muebles y los tapices
Con que engalano mi casa
Débolo solo á mis manos,

Y el pobre que lo reclama
En nombre del Sér supremo
Y de su miseria, lo halla.
¿De qué pues murmura el vulgo?

El Primero. A orgullo escesivo achaca
La soledad en que vives,
La austeridad que acompaña
Tu semblante cuando escuchas
Y tus frases cuando hablas.

El Segundo. Yo trato á quien me visita
Como es justo que lo haga
Con quien á honrarme se acerca
O de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
A quien trabajo me encarga,
Pues con el trabajo vivo
Que con sus monedas paga.
Si no me doy á las fiestas,
A los paseos y farsas
Y al estrépito del mundo,
No alcanzo porqué lo estrañan.
Mis obras son infinitas,
Y siempre el tiempo me falta
Para cumplir como debo,
Trabajando la jornada
Toda entera, mientras dura
La luz que me es necesaria.

El Primero. Ya... pero...
El Segundo. Pero ya entiendo;

Hay de vagos una cáfila
Que diz que me conocieron
Y me amaron en mi infancia,
Que anduvieron á mi escuela
O cosa que se lo valga,
Que quisieran que yo hiciese
De mi estudio una posada ;
Que anduvieran largamente
La botella y la baraja,
Que hubiera mozas acaso
Nada esquivas, que hubiera armas
Con que armar ruido y pendenias
Y desórden... ¡Noramala!

El Primero. Pero hay muchos que te
admiran,

Que hicieran de buena gana
Contigo amistad, y me honran
Con la suya noble y franca.

El Segundo. Sí, sí, Federico mio,
A ti te harán mucha gracia
Tus amigos, mas ¿qué quieres?
A mí no me gustan nada.

Son todos, y en paz sea dicho,
Como eres tú mismo.

El Primero. Vaya.

El Segundo. Sí, lo que yo en tí tolero
Porque te amo con el alma,
Fuérame en ellos muy duro
Presenciar con tolerancia.

Si tú pierdes tu dinero
Y pingüe herencia malgastas,
De tu tío la heredastes,
Y de tí nadie la aguarda.
Si abusas de los licores,
Y con lengua acalorada
Ruido y pendeñías provocas,
De ellas tus manos te sacan.
Y en fin, á tí te divierte
Tal vida, y así la pasas.

El Primero. Mas si el despecho y la en-
vidia

Sus corazones minara
Y enemigos te se hicieran,
Y la turba desleñuada
Interpretando tus hechos
Menoscabase tu fama...

El Segundo. Federico, si á mi honra
Injustamente tocan,
Dejara el cincel mi mano
Por la pistola ó la espada,
Y á meterles volvería
Lo dicho por la garganta:
Porque el cristal de la honra
Vapor no admite ni mancha.

El Primero. Pues mira, Genaro, creo
Que, ya que así me desairas,
Para olvidar el desaire
Me vendrá pintiparada...

El Segundo. Una botella, ¿no es eso?

El Primero. Cabal. Con vino se apaga
El fuego de los pesares.

El Segundo. Igual consecuencia sacas
De todo cuanto sucede.

El Primero. No me prediques.

El Segundo. Destapa.
Y poniéndole en la mano
Una botella lacrada
Volvió Genaro á su asiento,
A su cincel, y á su estatua.

Y así viven los dos, y así la vida
Para entrambos á dos dichosa corre:
Derrochando su herencia Federico,
Conquistando Genaro oro y renombre
Amigos de la infancia, aun alimentan
Dentro del corazón su llama noble
Y recios se conservan todavía
De su franca amistad los eslabones.
Víctima de recónditos pesares,
O embebecido en celestiales gozes
Solo es el mismo para él Genaro,
Para el resto del mundo es otro hombre.
Severo, indiferente y silencioso,
De virtudes austeras, no responde
Su corazón de las pasiones viles
A la traidora voz y halago torpe.

El santo talisman que le protege
Fé le infunde y virtud, y día y noche
Al pié del talisman duerme ó trabaja
Y su poder celeste reconoce.
En misteriosa union identifica
Su sér con otro sér que allí se esconde,
Y del busto de plata en la presencia
Se encanta con divinas ilusiones.
De purísimo amor dulces miradas
Halla en sus ojos de metal inmóviles,
Y en los labios del busto misterioso
Gratos acentos y murmullos oye.
Las gracias de su muerta Valentina
Vivas, puras encuentra en sus facciones,
Y, sea realidad, sea demencia,
Renueva en aquel busto sus amores.
Su presencia le da nuevo entusiasmo,
Nuevo amor á la gloria, audacia doble;
Y ardiente inspiración da á sus cinceles
Mágico acierto en mármoles y broncees.
Basta para que emprenda arduas fatigas,
Para que el tiempo y el trabajo arrostre,
Que el argentino busto ante sí vea,
Y que mas recompensa no ambicione.
No tiene otra ilusión ni otra apece:
Toda en la imagen su atención se absorve
Cual si fuera su misma Valentina,
Y todo á su memoria lo pospone.
Y acaso el soplo del Señor alienta
En aquel talisman, y á las regiones
Etéreas su espíritu levanta
Por cima de los astros y los orbes.
Fuente de luz y manantial de vida
Para el amante mozo, el velo rompe
De su terrena humanidad y su alma
En el dintel del paraíso pone.
¿Y qué la inspiración? ¿quién da á su vuelo
El recio impulso gigantesco, enorme
Con que se alza el artista y el profeta
Sobre el polvo del tiempo y las naciones?
¿Qué es mas que una ilusión? menuda chispa
Que en su mente febril brotando informe
Llega á hoguera voraz; grano de arena
Que empieza en grano y que concluye en
monte.

Y así viven los dos; y así la vida
Para Genaro y Federico corre;
Y derrocha su herencia Federico,
Y conquista Genaro oro y renombre.

Del revuelto mes de marzo
En la mitad de una tarde,
De sobremesa ambos mozos
Familiar plática traen.
Con lisonjera sonrisa
Y cariñoso semblante,
Oye en silencio Genaro

Los desatinados lances
Que Federico le cuenta,
Entre los vapores suaves
De su botella y su pipa
Que le exaltan por instantes.
Porque Federico ahora
Que herencia considerable
Goza, con todos los vicios
Estrecha las amistades.
Pero poco acostumbrado
A sus resultas fatales,
Aun le turba la cabeza
La botella, y aun le hace
Mucha saliva el tabaco
Y aun entre las redes cae
De una cortesana astuta
Como bien se las prepare.
Por eso inconsiderado
Afecta por todas partes
Las estragadas costumbres
De los altos personajes.
Levántase á medio día,
Come á las seis de la tarde,
Y en la mayor parte de ellas
Concluye con embriagarse.
No como el vulgo soez
Que da consigo en la calle,
Sino como el vulgo noble
Aristócrata, elegante.
La embriaguez no le produce
Mas efecto que alegrarle,
Dar mas fuego á sus pasiones,
Y á sus palabras mas sales.
Acrecienta su valor
Y le enardece la sangre,
Doblándole la afición
De aventuras y de lances.
En tal situación, y en esta
Disposición formidable,
Entreverando los sorbos
De risa con los arranques,
Y las bocanadas de humo
Que de los labios le salen,
Hablaban el buen Federico
Y el escultor escuchábale.
Llegaban á la mitad
De una aventura agradable
Que aumentaba de Genaro
La risa con cada frase,
Cuando en la puerta del cuarto
Un criado presentándose
Anunció un desconocido
Y dijo el dueño: « Que pase. »
Calló Federico entonces,
Tomando exterior mas grave,
Y levantóse Genaro,
Componiendo su semblante.
Pareció á poco el incógnito,

Que era un viejo respetable,
Aunque habia en su persona
No sé qué de repugnante.
Eran blancos sus cabellos
Y negro todo su traje;
Persona de distinción
Segun esterioridades.
Entró en la estancia con calma.
Friamente saludádoles,
Y preguntó: « Un profesor
De escultura que...

— Delante

Le teneis, buen caballero, »
Dijo Genaro inclinándose.

Viejo. ¡Ah! ¿sois vos?

Genaro. Yo soy, sentaos:
¿Y qué teneis que mandarme?

Viejo. Tal vez será muy difícil
Mi encargo.

Genaro. Si es de arte,
Confío en llevarlo á cabo.

Viejo. ¡Oh vuestra fama es muy grande!
Todo el mundo me lo afirma,
Y vuestras obras son tales
Que...

Genaro. Apartemos, caballero,
Cortes urbanidades.

Viejo. Escuchadme, pues. Quisiera
Describiros el semblante
De una muger, que ya es muerta,
¡Válgame Dios, y era un ángel!
Yo os diría una por una
Sus señas y cualidades,
Y vos haciendo un bosquejo.....

Genaro. Caballero, eso no es fácil,
Pues todos los rostros tienen
Tan diferente carácter,
Que aunque fueran las facciones
A la descripción iguales,
Tal vez la expresión saldría
De la verdad muy distante.

Viejo. Ya yo me lo imaginaba.

Genaro. En fin, podemos, si os place,
Vos ir diciendo, y yo á un tiempo
Dibujar y á ver si sale.
Vos mirareis mi dibujo
É ireis diciendo: *Mas grande,*
Mas pequeño, mas abajo,
Mas atrás, mas adelante;
Yo iré corrigiendo al punto
Y haremos lo que se alcance.

Federico. ¡Pues no va á ser mala droga!
Aunque estés toda la tarde
Y hasta la tarde del juicio,
Apuesto que no lo haces.

Viejo. ¿Sois también pintor?

Federico.

También.

Viejo. Mis ofertas son iguales
Para ambos, si vos lo haceis
Yo os daré...

Federico. ¿Yo? ¡Pues ya es fácil!
Aunque me dierais mas oro
Que lo que en la plaza cabe.

Viejo. ¿Porqué?
Federico. Porque á mí me sobra,
Y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico
Volvió la copa á llenarse
Y echó tabaco en la pipa
En la silla arrellanándose.
Con el semblante encendido
Quedóse el viejo mirándole;
Pero Genaro en tal punto
Le dijo: « Cuando gustareis. »
Sentóse el viejo á su lado
Y las señas apuntándole,
Del retrato que se intenta
Empezó á dar semejantes.

Viejo. Una cabeza pequeña,
Dividido en dos mitades
El cabello, y hecho rizos
En torno al cuello tornátil.
Perfectamente. La frente
Serena, espaciosa; que alze
Un poco menos el pelo.
Así... seguid.

Genaro. Adelante.

Viejo. Cejas arqueadas, abiertas
Sin entrecejo: ojos grandes
Rasgados, negros y un poco
Melancólicos y graves.
Largas pestañas. ¡Soberbio!
¡Perfectamente! ¡Cabales!

Genaro. ¿Se parecen á los suyos?

Viejo. Parece que estais copiándoles.

Genaro. Seguid, seguid.

Viejo. Un poquito
Ojerosos, nada casi.

Perfectamente. Amiguito,

(*A Federico con aire de triunfo.*)

Vuestra apuesta está en el aire.

Federico. ¿Con qué va saliendo?

Viejo. Vaya

Y perfecto.

Federico. ¿Sí eh? ¡Qué diantre!

(*Fumando con indiferencia.*)

Viejo. ¿Está? (*á Genaro.*)

Genaro. Continúad.

Viejo. Nariz

Griega, de un perfil muy suave,

Boca un poco desdeñosa.

Genaro. ¿Así?

Viejo. Así.

Genaro (agitado). ¿Contorno fácil
En los carillos?... ¿dos hoyos
Que al sonreirse se hacen
Graciosísimos?... ¿la barba
Con dos pequeños lunares
Que apenas se ven?

Viejo. Cabal.
¿Pero qué os da? con el lapiz
Vais arañando el papel:
¿Vais el bosquejo á borrar?

Así exclamaba el anciano
Al dibujo abalanzándose,
Mientras Genaro convulso
Se agitaba dibujándole.
« No le rompáis, » le gritaba
El viejo trémulo; « dádmele; »
Y Genaro con voz ronca,
Sofocada y anhelante
« ¿Es eso? » gritó, el retrato
De su querida mostrándole.
« ¡Es ella! ¡es ella! exclamaba
El viejo, pero mas grande,
De bulto es como lo quiero.
— Si, vive Dios (levantándose
Gritó Genaro), os comprendo:
Quereis un bulto palpable
Que os presente superficie
Para abrazarle y besarle.
¡Ira de Dios! ¿esto, es esto
Lo que quereis? » y agarrándole
Por las muñecas llevóle
De su talisman delante.
Abrió furioso la caja
Y ¡o pasmo! en lugar de hallarse
Con la cabeza de plata,
Hallaron bañada en sangre
La propia de Valentina;
Su aparicion formidable.
« ¡Mi pupila! » exclamó el viejo
Aterrado arrodillándose.
« ¡El juez! exclamó Genaro,
¡Eres tú, tú, miserable,
Su asesino! ¡Si, si, el cielo
Te ha echado al rostro su sangre! »
Y cayó desvanecido
Sin voz, y sin vida casi.
Duró el silencio un momento
Hasta que al fin levantándose
Se avanzó el viejo á la puerta,
Mas Federico atajándole
Le asió del cuello diciéndole:
« Conmigo irás, miserable,
Yo te llevaré arrastrando.
— ¡Adónde!

— A los tribunales. »

CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido
De enfermedad mortal desde aquel día,
Y á la par que su aliento se extinguía
Menguaba su sangriento talisman.
Su amigo revolvió toda Sevilla,
Y á Genaro llevó cinco doctores,
Mas á pesar de ser de los mejores,
Inútil fué por fin todo su afán.

Genaro sin dolor y sin angustia,
Se consumía lenta y dulcemente,
Como se estingue el agua en una fuente
En el árido estio abrasador.
Ni drogas, ni remedios admitía,
Y con el mal oculto no atinando,
Del lado del enfermo retirando
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un día que miraba Federico
Desde el balcon la plaza, de repente
Gran tropel de soldados y de gente
Vió por un callejon desembocar.
Era una *ejecucion*. Venia el reo
Sobre un asnillo viejo maniatado,
Y un monge carmelita iba á su lado
A quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso
De esquisito Jerez que á mano estaba,
Y la escena confuso contemplaba
Al reo imaginando conocer.
« ¡Voto á Dios! (esclamó, cuando subiendo
« Clara su forma vió sobre el suplicio)
« ¡Es el tutor!... ¡pardiez! y está muriendo
« Como un pagano vil... ¡Como ha de ser!

« Yo quise que sus crímenes pagara
« Como era justo: pero si él no quiere
« Morir como hombre y como perro muere,
« Allá se las avenga el confesor. »
Y esto al decir, para borrar la odiosa
Repugnante vision del triste caso,
Echóse á pechos el segundo vaso,
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,
Cruzando el aire trasparente y claro,
Las almas del tutor y de Genaro
Fueron al tribunal de Jehová.
Un metéoro impuro en sus vapores
El ánima del viejo conducía,
Y de Genaro el ánima subía
Cual nube blanca que en el viento va.

Por la estraña vision sobresaltado,
Rápido fué del escultor al lecho,
Mas vida ni calor halló en su pecho,
Ni encontró junto á él su talisman.

Y á pesar del licor que le turbaba,
Encima de sus miseros despojos
Llanto vertieron sus hinchados ojos,
Prenso su pecho doloroso afán.

Jamás supo esplicarse aquella idea:
Y él hundió en el misterio mas profundo
Como salió Genaro de este mundo
Y el *talisman* de plata de una vez:
Y siempre que en su mente la memoria
De la vision fatal se renovaba,
Dudando de sí mismo murmuraba:
« ¡ Los demonios tenía aquel Jerez! »

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON CARLOS LATORRE.

Querido amigo,

Hé aquí estendido sobre el papel el pensa-
miento del *Talisman*, de que tanto te pa-
gaste cuando te lo anuncié. A ti pues va
dedicado como pequeña muestra del aprecio
en que te tengo; y ojalá que lo escrito te
agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconsejote de camino, que no hagas
caso del sitio en que coloco esta dedica-
toria; porque bien sea prólogo, ó bien epi-
logo, siempre será la espresion sincera del
cariño que te guarda tu buen amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDA HISTÓRICA.

Lector, si haces memoria
Y mis leyendas por fortuna mia
Has leído algun día,
Recordarás la historia
De una linda francesa
Que á Burgos traje para ser condesa.
De ella te voy á hablar: pues aunque entrada
En el sétimo lustro de su vida,
Todavía era hermosa, y muy querida,
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España
Sino enemiga á la verdad, estraña
Que aunque es la pátria tan abstracta cosa
Que á gozarla jamás ninguno llega,